

Colección: PUNTO DE VISTA

SIMONE WEIL

ENSAYOS SOBRE
LA CONDICION OBRERA



EDICIONES NOVA TERRA
Apartado 1449
BARCELONA



« Y vi un cielo nuevo y una nueva tierra... »
(Apoc. 21, 1)

TRES CARTAS
A LA SEÑORA ALBERTINE THEVENON (1)

(1934-1935)

Querida Albertine:

Aprovecho las vacaciones forzosas que me impone una ligera enfermedad (principio de otitis, no es nada) para charlar un poco contigo. Durante las semanas de trabajo me cuesta mucho hacer cada nuevo esfuerzo, además de los que ya tengo por obligación. Pero no es esto solamente lo que me retiene: es la multitud de cosas que tengo por decir y la imposibilidad de expresar lo esencial. Quizá, más tarde, las palabras justas me vendrán a la pluma. Ahora me parece que, para expresar lo que importa, sería necesario usar otro lenguaje. Esta experiencia, que se corresponde en muchos aspectos con lo que esperaba, en otros se ve separada de ello por un abismo: es la realidad, no ya la imaginación. Y esta realidad ha hecho cambiar en mí no ya esta o aquella idea (por el contrario, muchas de ellas se me han confirmado), sino infinitamente más: mi perspectiva total sobre las cosas, el sentimiento mismo que tengo de la vida. Conoceré aún la alegría, pero parece que ciertos afectos del corazón me serán

(1) Véase referencias a la señora Thévenon en el estudio introductorio que precede a la presente edición (Nota de la edición castellana.)

en adelante imposibles. Pero voy demasiado lejos: se envilece lo inexpressable al querer expresarlo.

Por lo que concierne a las cosas expresables, he aprendido bastante sobre la organización de una empresa. Es algo humano: un trabajo en serie, a destajo, es una organización puramente burocrática de las relaciones entre los diversos elementos de la empresa, de las diferentes operaciones de trabajo. La atención, privada de objetos dignos de ella, se ve obligada a concentrarse segundo a segundo sobre un problema mequino, siempre el mismo, con variaciones: hacer 50 piezas en 5 minutos y no en 6, o cualquier cosa por el estilo. Gracias al cielo, hay que aprender los «trucos» de las diversas operaciones, lo cual de vez en cuando proporciona cierto interés a esta carrera de la velocidad. Pero lo que me pregunto es cómo todo esto puede llegar a ser humano: ya que si el trabajo en serie no fuera a destajo, el aburrimiento que lleva consigo aniquilaría considerablemente la atención y produciría una lentitud considerable y montones de piezas malas. Y si el trabajo no fuera en serie... Pero no tengo tiempo para desarrollar todo esto por carta. Solamente al pensar que los grandes jefes bolcheviques pretendían crear una clase obrera *libre*, y que ninguno de ellos —Trotsky seguro que no, Lenin creo que tampoco— había puesto los pies en una fábrica y por consiguiente no tenían la menor idea de las condiciones reales que determinan la esclavitud o la libertad para los obreros, la política me parece una siniestra *gamberrada* (1).

Debo decir que todo esto se refiere al trabajo de peonaje. Sobre el trabajo de los especialistas tengo que aprenderlo casi todo. Esto ya llegará, espero.

Para mí, esta vida es, con sinceridad, bastante dura. Sobre todo porque el dolor de cabeza no se ha dignado ausen-

(1) Exactamente utiliza S. Weil el término francés *rigolade* (N. E. C.).

tarse para facilitarme la experiencia, y trabajar en una máquina con dolor de cabeza es algo penoso. Sólo los sábados por la tarde y los domingos respiro un poco, me encuentro a mí misma, y recupero la facultad de reasumir alguna idea en mi mente. En general, la tentación más difícil de *rechazar* en semejante vida, es la de renunciar a pensar: ¡se da uno tanta cuenta de que es el único sistema de no sufrir tanto! Primero, de no sufrir moralmente. Porque la situación misma borra automáticamente los sentimientos de rebelión. Hacer tu trabajo con irritación sería hacerlo mal y condenarte a morir de hambre; y no tienes a nadie a quien acercarte fuera del trabajo mismo. Con los jefes, uno no puede tomarse el lujo de ser insolente y, generalmente, ni dan pie a ello. Así no te queda otro sentimiento posible ante la propia suerte que la tristeza. Entonces sientes la tentación de perder pura y simplemente la conciencia de todo lo que no sea el «tirando» cotidiano y vulgar de la vida. Físicamente, el vivir fuera de las horas de trabajo en una semisomnolencia es también una gran tentación. Tengo un gran respeto por los obreros que llegan a hacerse una cultura. Generalmente son tipos fuertes; claro, por lo menos es necesario que tengan alguna cosa en el estómago. Pero también esto es cada vez más raro con el progreso de la racionalización. Y me pregunto si esto se da en la mano de obra especializada.

A pesar de todo, aguanto el golpe. Y ni por un momento he sentido el haberme lanzado a esta experiencia. Por el contrario, me felicito cuantas veces lo pienso. Pero, cosa curiosa, pienso raramente en ello. Tengo una facultad de adaptación casi ilimitada, que me permite olvidar que soy un «profesor titular» de mariposeo en la clase obrera, vivir mi vida actual como si desde siempre estuviera destinada a ella (lo que en cierto sentido es mucha verdad) y que esta forma de vida debe durar perpetuamente como si me fuera impuesta por una necesidad ineluctable y no por mi libre elección.

No obstante, te prometo que cuando no pueda más iré a descansar a cualquier parte, quizá con vosotros.

Me doy cuenta que nada he hecho de mis compañeros de trabajo. Lo dejo para otra ocasión. Pero también esto es difícil de expresar... Son muy amables, mucho. Pero la verdadera fraternidad, casi no la he notado. Una excepción: el almacén de las herramientas, obrero especializado, excelente obrero, y a quien acabo siempre que me veo reducida a la desesperación por un trabajo que no consigo hacer bien. Es cien veces más amable y más inteligente que los capataces (los cuales no son más que peones especializados). No hay muchos celos entre las obreras, aunque de hecho se hacen la competencia, como consecuencia de la organización de la fábrica. No conozco más que tres o cuatro verdaderamente simpáticas. En cuanto a los obreros, algunos parecen muy elegantes. Pero hay pocos donde estoy yo, fuera de los capataces, que no sean verdaderos camaradas. Espero cambiar de taller, dentro de algún tiempo, para ampliar así mi campo de experiencia.

Bien, hasta otra. Contéstame pronto.

S. W.

Querida Albertine:

Me parece que has interpretado mal mi silencio. Tú crees que me siento cohibida y que no puedo expresarme francamente. No, en modo alguno; es el esfuerzo de escribir lo que me resulta demasiado pesado. Lo que tu larga carta ha removido en mí es el deseo de decirte que estoy profunda-

mente contigo, que todos mis instintos de fidelidad a la amistad me llevan a tu lado.

Pero, con todo esto, yo comprendo cosas que quizá tú no puedas comprender, porque eres demasiado distinta. Mira, tú vives tan inmersa en el presente —y te quiero por eso— que no te figuras, quizás, lo que es el concebir toda la propia vida ante uno mismo, y tomar la resolución firme y constante de hacer algo de ella y orientarla de un extremo al otro por la voluntad y el trabajo en un sentido determinado. Cuando uno es así y yo soy así —¡uego, sé lo que es—, lo peor del mundo que un ser humano puede hacernos es atárganos con sufrimientos tales que rompan la vitalidad y, por consiguiente, la capacidad de trabajo.

Demasiado sé (a causa del dolor de cabeza) lo que es el saborear, así, la muerte en vida. Ver los años correr ante ti, tener mil cosas con las cuales llenarlos, pensar que la debilidad física te forzará a dejarlos vacíos, y que sólo el trabajo de superarlos día a día ya será un esfuerzo agotador.

Quería hablarte un poco de mí, pero no tengo tiempo. He sufrido mucho en estos meses de esclavitud, por nada del mundo quisiera no haberlos conocido. Me han permitido probarme a mí misma y palpar con mis manos lo que sólo había podido imaginar. He salido muy distinta de como era cuando entré —estoy físicamente agotada, pero moralmente endurecida (tú comprenderás en qué sentido lo digo).

Escríbeme a París. Me han destinado a Bourges. Está lejos. No tendremos muchas posibilidades de vernos.

Te abraza

Simone.